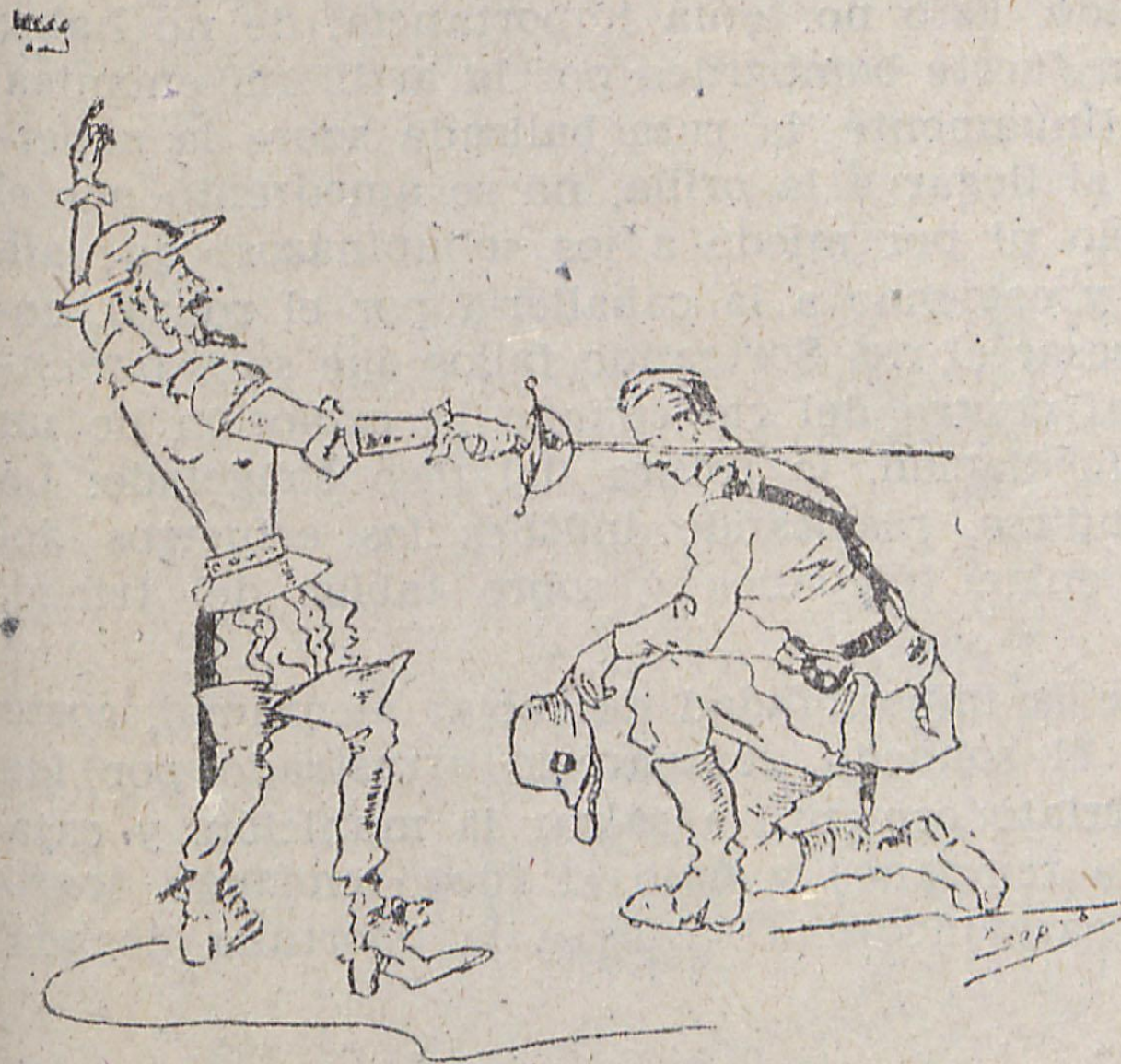


EL GURRIATO

(De nuestro Concurso de Cuentos de Guerra)

Por ALFREDO GONZALEZ DIEZ
Cabo 1.º de la Guardia Civil



«¡Pobre Gurriato!», exclamaban unos; «¡Era un jabato!», decían otros, y los que con él formaban la contrapartida comentaban el valor y arrojo que siempre había demostrado.

Estas manifestaciones, tan extraordinarias, movieron nuestra curiosidad por saber más detalles sobre la vida del Gurriato. En averiguación de los antecedentes de este personaje, hemos practicado gestiones para informarnos detalladamente, resultando lo siguiente:

«En el mes de julio de 1941, cuando solamente contaba dieciséis años de edad, impulsado por el ardor de su juventud y ansioso de acudir a la llamada del Ejército para formar una gran Unidad de voluntarios con el fin de marchar al frente del Este para combatir al comunismo internacional, se presentó en una de las oficinas encargadas de aquel reclutamiento.

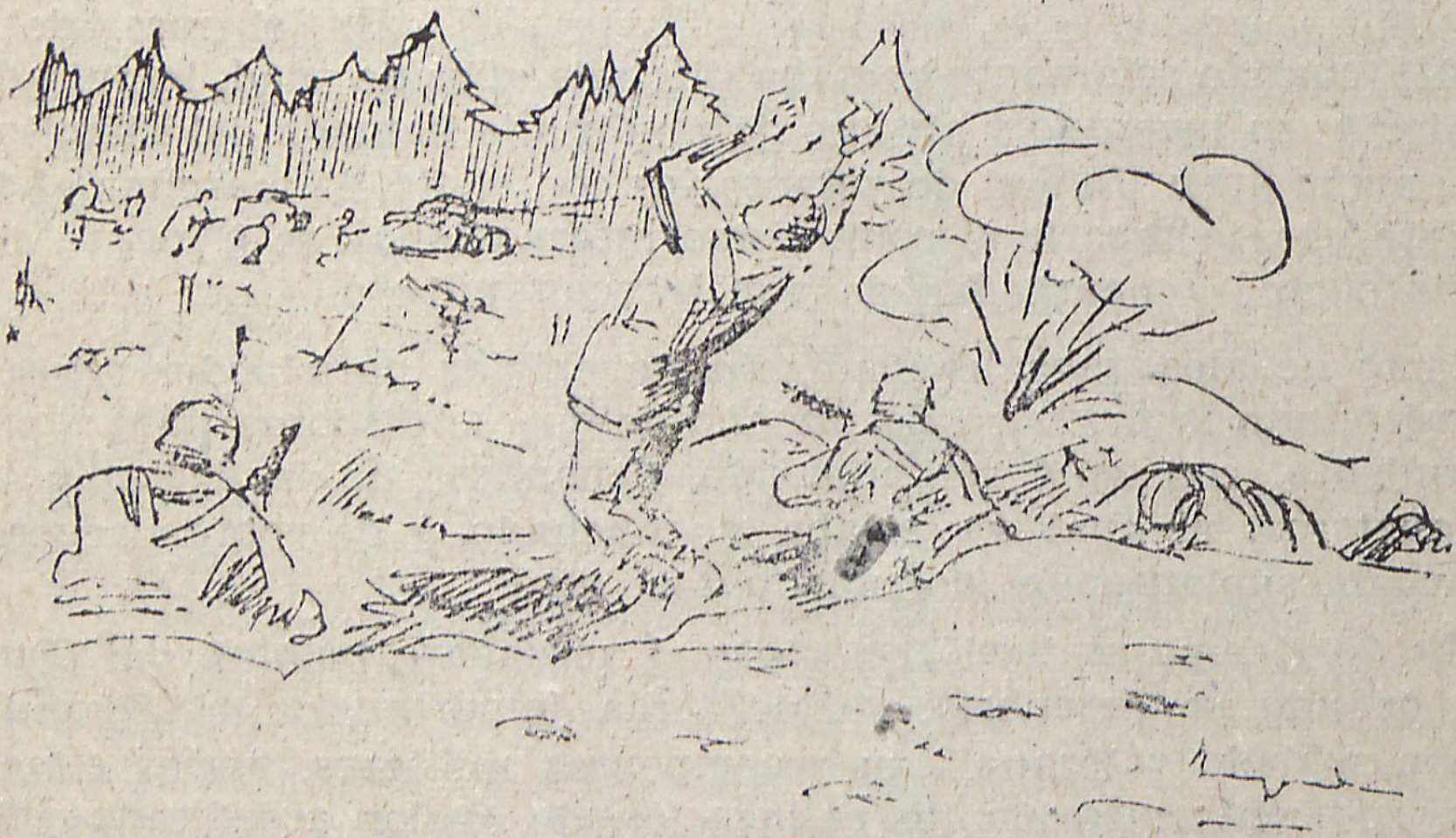
Como no alcanzaba la edad mínima exigida para poder alistarse, y aprovechando la premura del tiempo de que se disponía para aquel reclutamiento, consiguió ser admitido, valiéndose de la cobardía de un «chaquetero», el cual ya estaba enganchado, y de común acuerdo, se efectuó la suplantación del uno por el otro.

Mucho tiempo se tardó en saber el verdadero nombre del Gurriato, pero cuando se descubrió, ya no tenía importancia; el Gurriato ya era un soldado veterano, con recompensas militares, varias citaciones, y en su documentación, la calificación de «valor acreditado». Bueno, estas anotaciones figuraban en la documentación del pusilánime «chaquetero»; pero esto lo arreglaron muy bien los Jefes del Gurriato, perdonándole la infracción que hubiera cometido por el cambio de filiación. Del «chaquetero» no hemos hecho caso; por nuestra parte, sólo merecía desprecio, y por ello, no nos hemos ocupado en averiguar nada de él. Suponemos que el Comandante de Puesto de la Guardia Civil se habrá encargado de ponerlo a disposición de la Autoridad compe-

tente, juntamente con un detallado atestado en el que se harían constar las cantidades cobradas correspondientes a los haberes del Gurriato.

La primera recompensa ganada por el Gurriato lo fué como premio al comportamiento tenido con motivo del paso de un río helado. Al poco tiempo de llegar al frente, su Capitán le encomendó la misión de ir al P. C. a recoger munición. Para llegar al Puesto de Mando había que atravesar un río helado. Esto no tenía importancia, de no haber ocurrido, ya de regreso, un fuerte bombardeo por la artillería enemiga, la cual «machacaba» continuamente la ruta balizada sobre la superficie helada. El Gurriato, al llegar a la orilla, no se amedrentó por el resquebrajamiento del hielo ni por miedo a los «chupinazos» que allí caían. Se bajó del trineo, y cogiendo a la caballería por el ronzal, comenzó su intento de atravesar el río. Sorteando fallos que su experiencia delataba, llegaba ya al centro del río cuando la explosión de un proyectil causó, en su inmediación, la rotura del piso congelado. La caballería comenzó a hundirse, resultando inútiles los esfuerzos del Gurriato, quien saltando entre témpanos y sobre tablas del trineo, trataba de impedirlo.

Cuando se convenció de la imposibilidad de salvar al animal, cortó las correas del atalaje y el solípedo desapareció arrastrado por las aguas del subhielo. El Gurriato comenzó a salvar la munición, y caja por caja, caminando sobre témpanos y bajo el fuego enemigo, logró llevar a la orilla todo el cargamento. Gracias a la oportuna llegada

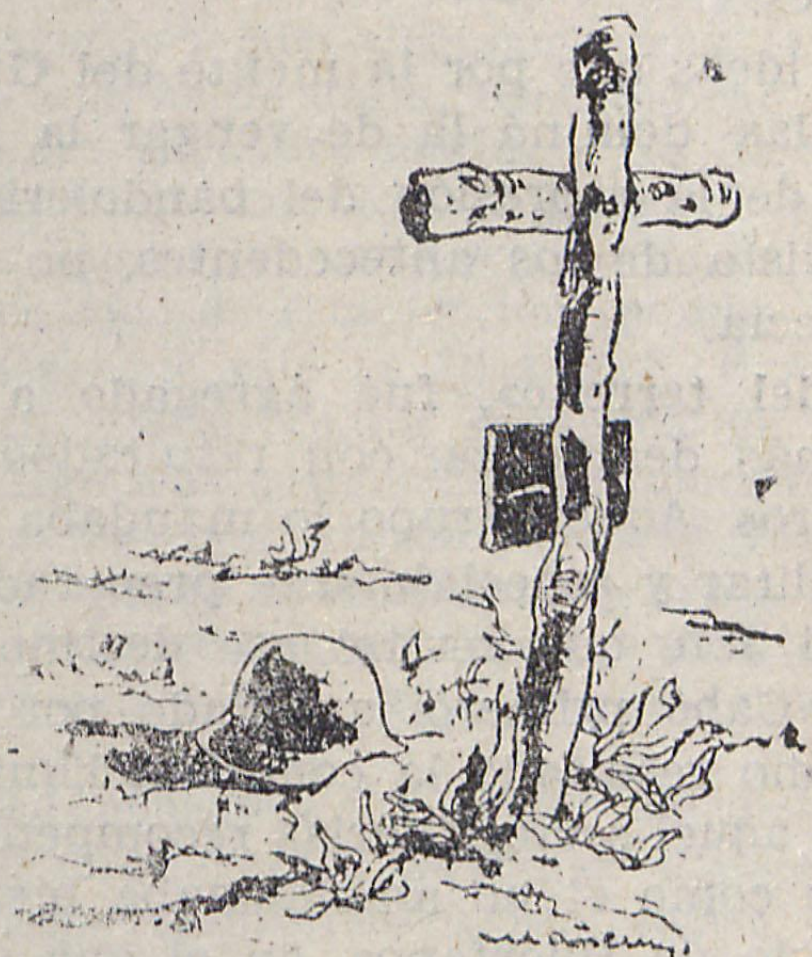


de un Oficial de su Batallón, se evitó la completa congelación del Gurriato.

Otra de las recompensas ganadas lo fué por su comportamiento en una arriesgada incursión en territorio enemigo, de tipo comando, para la que se había presentado voluntariamente. Consistía aquella ope-

ración en llegar a un molino situado a 30 kilómetros en la retaguardia enemiga, y una vez allí, sorprender a la fuerza que lo custodiaba e inutilizar todas las instalaciones que allí hubiera. Al Gurriato le fué encomendada la misión de eliminar a los centinelas, que realizó con el valor y astucia que el caso requiere.

Otra de las hazañas del Gurriato, ésta al mando de una escuadra —ya era cabo, ascendido por méritos—, fué la limpieza de un campo



minado, labor efectuada de noche por tratarse de «terreno de nadie», situado entre las dos líneas, y que de día estaba completamente batido por el fuego enemigo, separado muy escasos metros de las trincheras propias. Con solamente dos bajas y unos leves rasguños en sus manos consiguió dejar aquel campo libre de obstáculos, labor que resultó de gran utilidad para operaciones posteriormente realizadas.

El único defecto que se le podía achacar era el de no observar las reglas señaladas en los artículos 14 y 15 de las Obligaciones del Soldado, pues su uniformidad pecaba algo de desaliño, siendo muy aficionado a vestirse con las ropas más extravagantes que encontraba a su alcance; pero bien podemos disimular esas faltas si consideramos aquella situación y tenemos en cuenta su rápida formación militar, la que efectuó sin pasar por recluta, alistándose directamente como soldado y empleando el corto período de campamento en la intensa instrucción táctica que recibió.

Cuando ya llevaba un año en el frente, comenzó el relevo del personal por otros voluntarios que también ansiaban luchar contra el enemigo común. Por ser el Gurriato de los más jóvenes de aquella Gran Unidad, fué incluido en la primera expedición de repatriados.

Una vez llegado a su país, causó baja en el Ejército, volviendo a la casa de sus padres, donde nuevamente les ayudaba en las faenas agri-

colas, pues residían en la zona rural y se dedicaban a las labores del campo.

Poco tiempo duró allí la tranquilidad. Aun no había terminado la G. M. II., cuando por aquella zona comenzaron a hacer acto de presencia las partidas de bandoleros armados, infiltrados clandestinamente por la frontera.

En una de las «operaciones del llano», realizada por los bandoleros, resultó asesinado el padre del Gurriato, y éste se libró gracias a la agilidad de su juventud y a la destreza que en esas lides había aprendido en el frente, donde, combatiendo a los «partisanos», había tenido resaltadas actuaciones.

Varias fueron las ideas que por la mente del Gurriato habían pasado, pero de todas ellas dominó la de vengar la muerte de su padre. Se presentó al Jefe de la represión del bandolerismo de aquella provincia, quien, a la vista de los antecedentes, no dudó en aprovechar los servicios que ofrecía.

Como «práctico del terreno», fué agregado a una contrapartida, precisamente a la más destacada, con resultados positivos en la eliminación de bandoleros. Aquel Grupo lo mandaba un Cabo primero de amplia formación militar y especialmente preparado para este servicio. Buen acierto tuvo el Jefe que realizó ese destino. Los vastos conocimientos teóricos del Cabo primero, auxiliado por las experiencias del «práctico», dieron como resultado la completa liquidación de las partidas de facinerosos de aquel sector. Varias recompensas en metálico recibió el Gurriato; pero como él no ambicionaba bienes materiales, donó aquel dinero al Colegio de Huérfanos, en el que se había formado su Jefe.

Los muchos méritos y cualidades de este joven voluntario movieron al Jefe de aquella Unidad a formular una propuesta extraordinaria para ingresar en el Cuerpo, en el que no había conseguido ser admitido debido a su corta estatura, que no llegaba a alcanzar la talla reglamentaria.

En tanto la propuesta seguía los trámites burocráticos, y pendiente aún de la resolución del Mando, aquella contrapartida fué destinada a otro sector, en donde halló la muerte el Gurriato juntamente con el Cabo primero y tres componentes más del Grupo».

Al llegar a saber el final del Gurriato, hemos dado por concluidas las gestiones, por quedar suficientemente demostrado que tenían razón aquellos que exclamaban:

— ¡Pobre Gurriato!

— ¡Era un valiente!

Y nosotros añadimos: No se preocupen por el Gurriato, que él, al morir honrosamente, habrá conseguido la máxima aspiración:

ALCANZAR LA GLORIA.